

Benevolencia amorosa

La benevolencia y la preocupación por todas las demás personas eran cosas radicalmente nuevas en aquellos que se habían convertido a Jesucristo. Los judíos habían sido enseñados a preocuparse los unos por los otros dentro de la raza hebrea, pero la actitud de ellos hacia los gentiles dejaba mucho que desear. El relato de Jesús acerca de las acciones benevolentes del samaritano a favor del judío que había sido golpeado en un asalto (Lucas 10.25–37), refleja el pensamiento de los judíos hacia las otras razas.

A los gentiles les importaba poco la vida humana. Entre más pagana su idolatría, menor era su respeto por la vida humana. Varias culturas gentiles sacrificaban sus hijos a ídolos paganos, deificaban a los animales, adoraban cuerpos celestiales y glorificaban ríos y montañas. Estas formas de falsa adoración hicieron que bajara su apreciación por los seres humanos hechos a la imagen y semejanza del verdadero Dios.

Jesús les presentó el reto a los judíos, de desarrollar mejores actitudes por medio de un nuevo mandamiento el cual se convertiría en la marca del cristiano: “Amaos los unos a los otros” (Juan 13.34–35). Les mandó que tuvieran amor por el prójimo, sólo después del amor al Todopoderoso (Mateo 27.37–39). Jesús incluso les presentó el reto de amar a sus enemigos (Mateo 5.43–48).

Siendo el cuerpo espiritual de Cristo, la iglesia debía seguir el liderazgo de su cabeza (Colosenses 1.18); por lo tanto, la nueva economía espiritual, que comenzó en Hechos, se esperaba que siguiera las enseñanzas del Señor acerca del amor fraternal. Este amor fraternal no podía haber exceptuado los cuidados benevolentes.

EL PRIMER CASO: UNA IGLESIA EN NECESIDAD

Según Hechos 2.41 y 4.4, eran varios miles los cristianos que estaban de visita, procedentes de las quince naciones mencionadas en 2.9–11 y que habían sido añadidos a los apóstoles y 120 discípulos de 1.15. Estos visitantes se quedaron en Jerusalén mayor tiempo que el que habían planeado, y comenzaron a tener necesidad de alimentación y cuidados. Además de esta permanencia mayor de lo anticipado, algunos de los nuevos convertidos, sin duda comenzaron a ser objeto de ostracismo por parte de sus familias por haberse convertido a Cristo. Muchos vendieron sus posesiones y trajeron las ganancias a “los pies de los apóstoles” (Hechos 4.35). La expresión “los pies de los apóstoles” era la forma como Lucas describía el fondo financiero del grupo. Hoy día tal vez nos referiríamos a ello como el tesoro o la cuenta en el banco de la iglesia. La distribución se hacía a todos los que tenían necesidad (Hechos 2.44–45).

Debe tenerse sumo cuidado al definirse esta situación. Hay quienes aseveran que los cristianos que estaban en Jerusalén habían formado una comuna en la cual todos los recursos eran propiedad del grupo, y en la cual ningún recurso debía ser retenido por individuos ni por familias. Esta aseveración describe una sociedad comunista. En un arreglo tal, todos los recursos serían propiedad de la iglesia y todos los gastos eran incurridos como grupo.

No obstante, lo anterior no encaja con la descripción que Lucas dio. Aunque estos cristianos “tenían en común todas las cosas” (Hechos 2.44), “vendían sus propiedades y sus bienes” (Hechos

2.45) y “lo repartían a todos” (Hechos 2.45), es necesario aclarar que el vender y compartir ocurría “según la necesidad de cada uno” (Hechos 2.45). A muchos se les olvida que cuando las necesidades fueron llenadas, el vender y el compartir cesaron. Estos ciudadanos de Jerusalén no se deshicieron de todas sus propiedades y recursos personales, pero sí dieron en forma sacrificada *hasta que las necesidades fueron llenadas*. El mismo principio se expresa en el proceso de distribución: Después de vender sus propiedades y de traer las ganancias “a los pies de los apóstoles,” la distribución se hacía “según la necesidad de cada uno” (Hechos 4.35). Cuando las necesidades fueron llenadas y las desigualdades quedaron satisfechas, los cristianos no vendieron más, ni se deshicieron más, de sus posesiones. Cuando las necesidades cesaron, la venta cesó.

Muchos de los que estaban en Jerusalén todavía tenían posesiones personales según se relata posteriormente en Hechos. Ananías y Safira no habían vendido todas sus propiedades hasta aquella fecha, sino que, esperaron hasta un tiempo después (Hechos 5.4). También Pedro les dijo que ellos podían haber retenido su propiedad y aún así ser agradables a Dios (Hechos 5.4). Otro hombre, Simón el curtidor, tenía propiedades en Jope (Hechos 9.43; 10.6), adonde invitó a Pedro a quedarse. La madre de Juan Marcos no vendió su casa; posiblemente fue usada para una reunión especial de mujeres, para orar, cuando Pedro fue encarcelado (Hechos 12.12). Mnasón era todavía dueño de propiedades en Jerusalén algunos años después, y fue el anfitrión del grupo que regresó del tercer viaje misionero con Pablo (Hechos 21.16).

Por lo tanto, no fue el caso que los cristianos tuvieron todas las cosas en común en el sentido comunista. No se les obligó a entregar todos los recursos a la congregación local y después a vivir de un tesoro común. Las necesidades que surgieron en el capítulo 2 continuaron por algún tiempo después, aun meses; y lo mismo se puede decir de las necesidades del capítulo 4. Los nuevos cristianos estuvieron dispuestos a vender sus posesiones mientras las necesidades eran aliviadas.

Esta benevolencia fue un derramamiento voluntario y espontáneo de amor cristiano y preocupación por hermanos en necesidad. Estas donaciones se dieron en el espíritu del nuevo vínculo de hermandad y comunión unos con otros, y fue un interés común en Cristo el que encendió la chispa de tan extraordinaria generosidad.

Tal benevolencia fue tan extraordinaria y tan significativa en una ciudad judía hasta el punto

que Lucas se dejó decir que “abundante gracia era sobre todos ellos” (Hechos 4.33). La gente que los rodeaba debió haberse asombrado de tales acciones. Cuando Ananías y Safira le mintieron al Espíritu Santo, acerca de su donación y cuando la sentencia de muerte fue ejecutada por el Señor (fue el Señor, no Pedro, el que impuso la sentencia), dice que vino gran temor sobre toda la iglesia, pero también dice que tal temor vino “sobre todos los que oyeron estas cosas” (Hechos 5.11). Estas sentencias de muerte, por la manera de manejar la benevolencia, tuvieron tal impacto sobre los que estaban en Jerusalén que muchos no se atrevían a asistir a las sesiones de los de enseñanza pública de los apóstoles (Hechos 5.13); pero Hechos 5.14 dice: “los que creían en el Señor aumentaban más, gran número así de hombres como de mujeres”. Esta fue una experiencia nueva para las antiguas mentes judías.

EL SEGUNDO CASO: UNAS VIUDAS EN NECESIDAD

Las viudas continuaron teniendo necesidad, y algunas irregularidades fueron corregidas por medio del nombramiento de siete hombres (no apóstoles) quienes podían cumplir con estos servicios (Hechos 6.1–6). Este caso también afectó de manera singular a los ciudadanos de Jerusalén. Lucas dijo, inmediatamente después este relato del tierno cuidado y provisión para las viudas, que una mayor multiplicación de discípulos ocurrió, aun entre muchos de los sacerdotes judíos (Hechos 6.7).

La mayoría de los eruditos fechan la ocurrencia de esto en unos tres años después de las experiencias de Pentecostés mencionadas en el capítulo 2. Los apóstoles no habían tomado las previsiones adecuadas en este asunto, pero el uso que hicieron de hombres piadosos hace que surjan varios importantes principios.

En primer lugar la enseñanza de la palabra es de importancia máxima. En segundo lugar, aunque es importante servir a los necesitados, ello es de menor importancia que enseñar el evangelio. En tercer lugar, muchas de las obras, que se deben hacer dentro de las congregaciones, pueden delegarse a hombres y mujeres llenos de piedad y calidad. En cuarto lugar, en toda congregación hay hombres y mujeres disponibles y que están capacitados para hacer esta clase de obras. En quinto lugar, una influencia en la comunidad casi siempre descollará cuando una iglesia se preocupa por las necesidades físicas entre los que la integran. En sexto lugar, este ejemplo sirve como un buen patrón

para cada generación sucesiva que desea servir bien al Señor.

EL TERCER CASO: IGLESIAS NECESITADAS

Un profeta llamado Agabo predijo una hambruna la cual afectaría a todo el mundo (Hechos 11.28), y Lucas registró que esta hambruna ocurrió en los días de Claudio César. Fueron cuatro las hambrunas que ocurrieron en el reinado de Claudio César; tres de ellas afectaron a Roma y a Grecia, y una afectó a Palestina. La que ocurrió en Judea fue en el año 45, lo cual sitúa a este tercer evento en una fecha, más de doce años después del comienzo de la iglesia.

La hermandad de Antioquía respondió rápida y generosamente a las necesidades que surgieron en Jerusalén (Hechos 11.30). La cantidad de individuos dentro de la congregación, que aceptó la responsabilidad de ayudar fue suficiente, como para que Lucas usara la frase “cada uno”. Cada miembro ayudó en forma proporcional, y el respeto de la congregación por la organización divina se mostró en el hecho que el dinero fue enviado a los ancianos. Podría decirse que este dinero fue puesto “a los pies de los ancianos”. Independientemente de como se exprese, lo cierto es que el dinero provino de Antioquía para ser dado a los hermanos que estaban en Jerusalén, pero se da a entender que la distribución estaba en manos de los ancianos. Hubo dos grandes predicadores, Bernabé y Saulo, quienes suspendieron sus actividades de enseñanzas, para asistir en la entrega de estas donaciones (Hechos 11.30).

Los cristianos de origen judío estaban todavía reacios a predicarle el evangelio a nadie que no fuera judío (Hechos 11.19), aunque algunos de los que estaban en Antioquía de Siria sí comenzaron a ir a los gentiles (Hechos 11.20), con gran éxito. Los hermanos que estaban en Jerusalén enviaron a Bernabé a ayudar a los nuevos miembros, y Bernabé reclutó a Pablo para que le ayudara en esta obra (Hechos 11.21–26). Pablo y Bernabé trabajaron en Antioquía por más de un año, y esta mezcla judía y gentil de la iglesia del Señor fue la primera congregación en la que el nombre “cristiano” se usó. Tal vez es significativo que el uso del término “cristiano” se reservara hasta que las congregaciones reconocieran y practicaran plenamente la universalidad del evangelio.

Pablo posteriormente le rogó a la hermandad que estaba en Roma que ayudara en una necesidad benevolente que había en Judea (Romanos 15.26–

27). Dado que la hermandad judía que estaba en Jerusalén había llenado las necesidades espirituales de la hermandad gentil que estaba en Roma por medio de enseñarle a ésta el evangelio, Pablo dio a entender que lo justo era que la hermandad gentil llenara las necesidades materiales de la hermandad judía que estaba en Judea. ¡La benevolencia puede tener un gran impacto espiritual también!

UN CUARTO CASO: IGLESIAS NECESITADAS NUEVAMENTE

Pablo concluyó el tercer viaje misionero y regresó a Jerusalén. Los judíos supusieron que había metido a Trófimo, un gentil oriundo de Éfeso, al templo con él cuando accedió al encargo de los ancianos de unirse a (y pagar los gastos de) cuatro jóvenes varones que estaban haciendo voto (Hechos 21.17–29). Fue arrestado y encarcelado, luego enviado a Cesarea. Allí compareció ante Félix, el gobernador (Hechos 23.24) y Ananías el sumo sacerdote (Hechos 24.1). Tértulo, un orador a quien los encolerizados judíos habían traído desde Jerusalén para ayudar a condenar a Pablo, acusó a éste de sedición (Hechos 24.2, 5).

La respuesta de Pablo al cargo, de que él estaba a la cabeza de una sedición rebelde en contra de Roma, fue que sólo habían transcurrido doce días desde que hubiera regresado a Jerusalén, ocasión en la cual trajo las limosnas y ofrendas para su nación (Hechos 24.11, 17). Explicó que le estaba ayudando a su nación con donaciones en dinero para los necesitados, no guiándolos en ninguna rebelión —además de esto, cinco días en Jerusalén no hubieran sido suficiente tiempo para agitar una insurrección.¹

Al hablar de las limosnas y las ofrendas que había traído a Jerusalén, Pablo aludió a una contribución que había sido una causa benevolente por varios años. Pablo les había escrito a los corintios acerca de esta necesidad y acerca de la forma como ellos se podían involucrar para llenarla, como ya lo se lo había enseñado a las iglesias de Galacia (1 Corintios 16.1–2). Un año después, Pablo les había recordado a los corintios de sus promesas para esta donación (2 Corintios 9.1–2), pidiéndoles que completaran el esfuerzo (2 Corintios 8.10–12; 9.3–5). Con el fin de evitar cualquier crítica en el manejo del dinero, Pablo había enviado a Tito y a otro hermano para que les ayudaran a terminar de

¹ Pablo había pasado dos de los doce días viajando (Hechos 23.31–32) y cinco días en prisión, esperando que Ananías viniera de Jerusalén (Hechos 24.1). Esto sólo dejaba cinco días —obviamente no lo suficiente como para encabezar una rebelión.

hacer sus donaciones prometidas (2 Corintios 8.16–24).

A su regreso de Asia, Acaya y Macedonia, durante el tercer viaje misionero, Pablo había sido acompañado por siete hombres (Hechos 20.4–5). Estos hombres le habían ayudado a llevar las limosnas y las ofrendas, las cuales, lo más probable es que fueran de monedas de oro y de plata. Dado que estas colectas se habían estado llevando a cabo por más de dos años, las bolsas de monedas habrían sido demasiado pesadas para que Pablo las pudiera cargar por sí solo, aun con dos o tres acompañantes. Durante este viaje se gestó a cabo un complot contra Pablo, el cual tal vez se dio con el propósito de robarle el dinero que ya había recaudado (Hechos 20.3). Pablo había hecho algo un tanto excepcional, al viajar por tierra desde Troas a Asón y dejando a sus acompañantes a bordo del barco (Hechos 20.13–14). Este truco pudo haber sido con el fin de confundir a cualquier asaltante que estuviera en su camino.

Fue durante este viaje que Pablo escribió 2 Corintios, la cual incluyó sus exhortaciones a completar las donaciones prometidas. Pablo también escribió Romanos durante este viaje, y mencionó esta necesidad de ministrar a los santos que estaban en Jerusalén (Romanos 15.25–26). Por lo tanto, vemos otro caso de benevolencia en la iglesia, cerca de los años 58 y 59 d.C.

CONCLUSIÓN

La benevolencia amorosa llegó a ser una de las características más sobresalientes de la iglesia primitiva. Cada congregación se responsabilizó de sus propias necesidades locales, y los cristianos estaban prestos a responder a las necesidades que había en otros lugares. Aquel primer siglo fue a menudo cruel y drástico, pero los cristianos se comportaron en cada ocasión a la altura de las necesidades de la hermandad.

Los cristianos tienen muchas oportunidades individuales de hacer el bien (Gálatas 6.10), pero todavía hay responsabilidades para las congregaciones. Los cristianos hoy día pueden dar liberal y regularmente al grupo de trabajo de la iglesia y todavía responder a los desafíos que se les presentan a nivel individual. El Señor diseñó su iglesia en forma tal que sea su sociedad de benevolencia, y que cada congregación esté equipada adecuadamente para cumplir tales responsabilidades.

Los cristianos primitivos cumplieron con la intención del Señor en el sentido de que debían ser conocidos por su amor a Dios y por su hermandad (Juan 13.34–35). J.W. McGarvey dijo: “No hay predicación más elocuente que la que resuena desde el fondo de una benevolencia de todo corazón”.² ♦

²J.W. McGarvey, *New Commentary on Acts of the Apostles* (Delight, Ark.: Gospel Light Publishing Co., n.d.), 230.